

PROLOGO

Mucho se ha escrito sobre los llamados “años duros” de la Revolución Cubana, al extremo de que éstos constituyen ya un mito o convención literaria que utilizan a su antojo todos los traficantes de la palabra, es decir, los literatos, historiadores, periodistas, profesores, políticos, etc. No ocurre así con otro período de la historia de Cuba más cercano a nosotros: el que va de abril a septiembre de 1980, y que tiene como coordenadas históricas la petición de asilo político de miles de cubanos en la Embajada del Perú en La Habana y la ulterior salida de más de 125,000 personas por el puerto del Mariel rumbo a los Estados Unidos.

Tanto en su primera obra, *Los otros marielitos*, como en la que ahora nos ocupa, *Sitio de máscaras*, nuestro autor, Milton M. Martínez, nos hace entrar como por adelantado en esa nueva mitología de la historia cubana: la de los “días difíciles del Mariel”. Hasta el momento, sólo contados narradores han intentado recoger la *intrahistoria* de aquellos días. (Pienso en novelas como *Al norte del infierno* de Miguel Correa y las últimas páginas de *El jardín del tiempo* de Carlos Díaz). Como pocos, Milton ha sabido plasmar ese período con una fuerza descriptiva y un atrevido realismo documental que nos mantiene atrapados en su lectura. Las historias individuales de sus personajes (Miguel, Olguita, Alexis...) son espejos que reflejan a las de todo el pueblo cubano, inmerso como está —o atrapado— en un túnel de demagogia y desesperanza cuya única salida parece ser el destierro. De ahí que el exilio sea la opción que muchos personajes tomen, a contrapelo inclusive de sus sentimientos más íntimos; como le ocurre a Miguel, el protagonista, quien tiene que renunciar a su amor paternal por su hija Laurita porque ha decidido abandonar la Isla.

Con un estilo ágil, de breves fragmentos yuxtapuestos (como si el mencionado espejo hubiera sido roto a un golpe de la Historia) que nos sumergen con rapidez y precisión en los vericuetos emocionales y sociopolíticos de sus personajes, Milton va recuperando para el lector esa parte invisible aunque terriblemente real de la vida cotidiana de las familias cubanas, eso que no aparecía en los informes de prensa ni en los discursos (o El Discurso) oficiales y que asimismo escapaba de

las miradas políticamente extrávicadas de muchos visitantes extranjeros. Eso que, sin embargo, cualquier cubano residente en la Isla (como entonces lo fuera nuestro autor) conocía y sufría en carne propia sin poder jamás expresarlo más allá de un círculo muy reducido de amistades íntimas y parientes cercanos, y, aún así, a riesgo de su posición social y hasta de su vida. La hipocresía social, los falsos convencionalismos, la retórica hueca y al uso, la dañina frustración personal, la miseria del pueblo, los privilegios de la nueva clase afiliada a los órganos de poder, las mañas para sobrevivir en semejante medio material y espiritualmente hostil, la vida como una suerte de plaza sitiada, todo esto desfila ante nuestros ojos; y si no logra destruir al hombre es porque del otro lado de la balanza encontramos aún vivos, como diamantes salvados de las cenizas, el amor, la solidaridad, la amistad, el sentimiento religioso, el ansia de libertad y, juntamente, el desenfrenado impulso por conseguirla a cualquier precio, incluso el de la propia vida, como lamentablemente ha ocurrido tantas veces.

Leer esta novela de Milton M. Martínez es asomarnos a un círculo más, olvidado o desconocido por Dante, del Infierno El “pecado nefando” del que todos parecen ser inocentes culpables es la *simulación*. Como en el texto dantesco, los personajes de Milton giran impelidos por una misma obsesión, la de no poder mostrar nunca su verdadero rostro. Algunos tal vez lo hayan perdido tras tantas máscaras que se sienten obligados a utilizar. Los más lúcidos intuyen en esta mascarada una verdad más profunda: que no existe tal rostro, que no han podido crearlo, que llevan —como observara Rilke— “la cabeza desnuda, desollada, sin rostro”. Y quieren salir a buscarlo. Como este círculo infernal es en realidad una isla, su más obvia salida tiene que ser el agua, ese otro espejo en que el deseoso fugado comienza finalmente a (re) conocerse y encontrar los sempiternos Paraísos Perdidos.

Jesús J. Barquet.

Enero de 1987.

<http://web.nmsu.edu/~jbarquet/>